

Yo, cuerpo y persona. *Homenaje a la obra de Aída Aisenson Kogan*

Luciano Lutereau¹

La obra de Aída Aisenson Kogan representa un aporte capital a la psicología y a la filosofía de nuestro país. Respecto de la primera, cabe destacar su extensa *Introducción a la psicología* (publicada en 1971, por editorial Galerna, y luego reeditada por Nueva Visión), libro en que se traza un compendio de las diversas orientaciones psicológicas contemporáneas, con el propósito de esclarecer -en la estela de D. Lagache- una evaluación de la unidad de la disciplina, cuyo fundamento se encuentra en el estudio de la conducta humana. Obra deudora de la *Psicología de la conducta* de J. Bleger (1964), la *Introducción* de Aisenson Kogan se presenta como un dechado de erudición, cuyas referencias bibliográficas hacen hincapié en los estudios sobre la personalidad, la fenomenología y el psicoanálisis. A propósito de los estudios sobre personalidad, cabe subrayar su labor como traductora de un libro que tuvo que sucesivas reediciones en EUDEBA: *El personalismo*, de E. Mounier. Dedicadas a la interrelación entre fenomenología y psicoanálisis -aunque siempre desde el punto de vista de la personalidad- se destacan las dos obras que analizaremos en esta recensión: *El yo y el sí mismo* (CEAL, 1969) y *Cuerpo y persona. Filosofía y psicología del cuerpo vivido* (FCE, 1981).

El subtítulo de esta última obra permite esbozar la transición al interés filosófico de Aisenson Kogan. Por un lado, su vocación filosófica -como lo demuestra su título de doctorado (obtenido en La Plata, en 1974)- se despliega en el estudio de la imaginación y la libertad (como se advierte en su libro *Gastón Bachelard: Los poderes de lo imaginario*, publicado por Hachette, en 1979), y fundamentalmente en el campo de la reflexión moral (*El desafío moral* es su anteúltimo libro publicado, por Biblos en 2001, y cuenta con ensayos acerca de temas como los valores, la alteridad, la ética discursiva, etc. Luego ha publicado *El mal dinero. Reflexiones sobre la codicia y la avaricia*, junto con Fanny Hoffer, también por Biblos, en el 2006).

Por otro lado, para Aída Aisenson Kogan la filosofía es una disciplina que puede y debe nutrirse de la psicología, así como esta última debe hundir sus raíces en aquella,

¹ Docente e Investigador de UCES y la UBA.

para atender a los problemas cruciales de la humanidad. Podría decirse que su libro *Resolución de conflictos: un enfoque psicosociológico* (FCE, 1994), que cuenta con un apreciado exordio de Ricardo Maliandi, avanza en esta dirección. Asimismo, que en su obra el interés teórico nunca estuvo escindido de la práctica lo demuestra específicamente su libro *Propuestas de psicoterapia* (Nueva Visión, 1986).

Para enfatizar la relevancia de la obra de Aída Aisenson Kogan, cabe destacar que obtuvo el Segundo Premio Nacional de Filosofía (1984) y el Premio Konex de Psicología (1996).

Esta reseña es apenas un esbozo de dos temas fundamentales en la obra de Aída Aisenson Koga, tópicos que nuevos estudios posteriores deberían analizar con mayor detalle y vincular con el movimiento singular de un pensamiento prolífico y original.

Yo y sí mismo

Podría decirse que la distinción entre *Yo* y *sí mismo* retoma la distinción clásica entre yo trascendental y yo empírico. Mientras que el *Yo* consiste en un conjunto de capacidades o funciones noéticas, más o menos abstractas, de un espectador desinteresado, el *sí mismo* resulta de la decantación de la experiencia vivida, como parte del movimiento de la historia, la tradición y la cultura. Ambas instancias, a su vez, pueden ser consideradas dimensiones de la personalidad, como totalidad integrada.

En *El yo y el sí mismo*, Aisenson Kogan realiza una cuidada síntesis de los diversos aportes de la teoría fenomenológica (en sentido amplio) y el psicoanálisis (en sus diversas orientaciones y escuelas) con el propósito de esclarecer la constitución de la personalidad y sus diferentes niveles. Una aclaración de principio se formula en las primeras páginas: “Debemos adelantar, en efecto, que tanto si se considera la concepción analítica del yo, como la más general del sí mismo, nunca se trata de entidades sustanciales” (pág. 12). Cabe destacar, en este punto, la referencia -mencionada en nota al pie- al célebre libro de R. Frondizi, *Substancia y función en el problema del yo* (1952), en el que se destaca el carácter vivencial del yo, coordinado por un vínculo funcional. Sin embargo, en este mismo punto, la autora remite a los estudios freudianos, con un doble objetivo: por un lado, acentuar la tónica del aparato psíquico (y sus funciones); por otro lado, y con mayor énfasis, destacar el carácter corpóreo del *Yo*. Los estudios de R. Spitz son vinculados con los de M. Merleau-Ponty, así como los de J. Piaget con los de H. Wallon; el sentimiento de identidad individual, atribuido por M. Mahler a las sensaciones corporales, puede ser vinculado también con el esquema corporal y la “discriminación psicológica del propio cuerpo, a la que contribuye en alto grado la doble sensación que se experimenta en el contacto con partes del mismo, en que la persona es simultáneamente el ‘tocante’ y el ‘tocado’” (pág. 17), tal como han destacado E. Husserl, Merleau-Ponty, pero también Freud en *El yo y el ello* (1923).

Por otro lado, Aída Aisenson Kogan destaca las relaciones entre la *Gestalt* y lo imaginario lacaniano, asociado con el pasaje del cuerpo fragmentado en zonas erógenas a la totalidad pregnante del cuerpo vivido, en cuyo fundamento se articulan el cuerpo visual

y el cuerpo kinestésico. En este punto es que se prevé la anticipación de la próxima obra que será estudiada en esta reseña, acerca del cuerpo vivido en su relación con la personalidad, dadas las referencias filosóficas que se mencionan en el recorrido (G. Marcel, J.-P. Sartre, Merleau-Ponty). Mencionemos solamente la conclusión de arriba: “No es lo mismo la personalidad, en cuanto totalidad de las modalidades físicas y psíquicas de un sujeto, que el ‘sí mismo’ o ‘self’; cabría afirmar que, si la constitución forma parte de la primera, el esquema corporal -que es cuerpo vivido- corresponde a su núcleo central, al sí mismo, y al su instrumento, el yo” (pág. 20).

No obstante, en relación con la *constitución*, cabe precisar un aspecto importante, al que se encuentran dedicados los otros tres apartados de la obra: lejos de suponer la presencia de un *Yo* constituyente, el estudio no deja de afirmar el soporte empírico de la esfera trascendental. Este es precisamente el auxilio que prestan al ensayo los recursos a los estudios de psicoanálisis, sobre todo la referencia a la escuela culturalista norteamericana, en la segunda parte (titulada “El *sí mismo* social”). “Solo cuando se hacen propias las actitudes del grupo social se llega a ser persona completa”, sostiene la autora, en un recorrido argumental que se asienta en la psicología social de G. Mead, las teorías de K. Horney y E. Fromm, el psicoanálisis kleiniano, y los estudios de E. Erikson. En una dialéctica de asimilación y adaptación, de introyección y proyección, la principal cuestión es la de apreciar que la socialización no contradice la espontaneidad e iniciativa de la personalidad. Lo asimilado siempre requiere una posición respecto de su incorporación, lo que evita que pueda considerarse a la persona una “mera pantalla pasiva” (pág. 33). Como conclusión a esta segunda parte, se afirma lo siguiente: “Nos hemos detenido un tanto en las doctrinas de diversos autores -de tendencia psicoanalítica o no- sobre el desarrollo de la personalidad, y cabe concluir, de las distintas posiciones, que el núcleo central de la misma, el sí mismo, es primordialmente ‘social’, porque se constituye dialógicamente en relación con el mundo” (pág. 43). Es relevante advertir el procedimiento metodológico de argumentación de la autora, que avanza buscando invariantes en los distintos puntos de vista, haciendo participar el diálogo en su propio trabajo de producción discursiva. A propósito de esta referencia a la relación dialógica, cabe mencionar que, nuevamente en este punto, cuentan su aparición otras dos figuras de la tradición fenomenológica: K. Jaspers (y su concepto de *Existencia*) y M. Heidegger (y su noción de “ser-con”), que la autora enlaza con las tesis de Fairbairn acerca de cómo de las relaciones interpersonales internalizadas va resultando la estructura de la personalidad.

La tercera parte del ensayo (titulada justamente “El yo y el sí mismo”), organizado en la descripción de las funciones yocias de adaptación, autonomía, síntesis, pero también de defensa, según los aportes de la psicología del yo norteamericana (Hartmann, Kris, Lowenstein), avanza en la presentación de los intereses superiores de la personalidad -siguiendo también la estela de *Filosofía de la persona* (1951), de F. Romero, otro libro fundamental de la filosofía argentina- enlazando el sustrato libidinal del desarrollo con el afán de trascendencia que se plantea a la persona como *Existente*. Se elaboran en este apartado las distinciones entre “concepto de sí”, diferenciado del de identidad, carácter, “sentimiento de sí” y autoconciencia.

Por último, uno de los apartados más interesantes es el siguiente (“Sí mismo, yo y salud mental”) destinado a realizar una aplicación clínica de los conceptos estudiados. Como esta intención práctica subyace a toda la obra de Aisenson Kogan, dejaremos su comentario para el final de la próxima sección, donde será estudiada junto con el tramo final del próximo libro a ser comentado.

Cuerpo y persona

Luego de un exordio que aprecia el interés de los estudios de la corporalidad para la antropología filosófica, así como la relevancia de la superación del dualismo mente-cuerpo en los estudios recientes de neuropsicología, *Cuerpo y persona* se dedica a un esclarecimiento meticuloso del valor existencial del cuerpo vivido y sus implicancias en la práctica psicológica.

En la primera parte del libro se analizan los aportes de G. Marcel, J.-P. Sartre y M. Merleau-Ponty, autores de la corriente fenomenológico-existencial francesa del siglo XX. *Objeto subjetivo*, el cuerpo propio no puede ser reducido a un instrumento sino a una condición de la instrumentalidad de los objetos circundantes; instancia de apertura al mundo, el cuerpo es el anclaje necesario del para-sí en una situación contingente. Asimismo, a través del cuerpo, se inaugura un sistema de coordenadas para la acción del Yo. La obra de los tres autores mencionados es interpretada en sentido convergente, decantando una teoría sistemática acerca de la distinción entre la corporalidad propia y la perteneciente a los demás objetos, la crítica de la teoría naturalista de la sensación, el mecanicismo y el reduccionismo de las cualidades sensibles a meros estímulos físicos. Con este núcleo teórico es que la autora evalúa los aportes de las disciplinas que, más contemporáneamente, se ocuparon del cuerpo como instancia personal.

En un primer momento, en la estela merleau-pontyana de elucidación de los resultados de las ciencias empíricas, a partir de los casos patológicos (como hiciera Merleau-Ponty con la consideración del caso Schneider), la autora retoma los aportes de la psiquiatría y la neuropsicología, esclareciendo el contexto histórico de formulación de algunos de sus conceptos más importantes (“esquemática”, “somatopsique”, etc.), y reconduciendo su impacto a contextos comprensivos; así, por ejemplo, “las sensaciones de mareo son un acompañante casi constante de estos fenómenos en que el sentido total del mundo parece perderse, y tales sensaciones dependen de disfunciones del aparato vestibular [...] y no puede dejar de recordarse aquí la vinculación repetidamente establecida en la filosofía entre estados de angustia existencial y estados de intensa desazón física: el vértigo en Kierkegaard y Heidegger, la náusea en Sartre” (pág. 140). De este modo, si bien el estudio de diversas perturbaciones neurológicas pudo dar nacimiento al concepto de esquema corporal, “resulta casi obligatorio admitir, como conclusión general de la revista anterior, que aunque existen algunas opiniones divergentes, es vastamente aceptado hoy el cariz primordialmente humano y no exclusivamente biológico de la imagen del cuerpo” (pág. 157). Un caso paradigmático para alcanzar esta conclusión es el análisis del “miembro fantasma”, a la que la autora dedica varias páginas, también elaborado por Merleau-Ponty en *Fenomenología de la percepción*.

En un segundo momento, la autora recurre a los estudios psicoanalíticos para fundamentar, también a partir de la consideración de casos patológicos, la constitución libidinal del cuerpo, tal como fuera considerada por Freud -con su concepción del narcisismo- y continuada por ilustres epígonos, como A. Adler, C. Jung, K. Abraham, y, en nuestro país, E. Pichón Rivière y A. Garma. Más recientemente, las obras de W. Reich y O. Fenichel son utilizadas para dar cuenta de manifestaciones clínicas como la hipocondría y la despersonalización. El estudio de O. Rank acerca del doble permite dar cuenta de la significación psicológica de los límites corporales. Al igual que en *El yo y el sí mismo*, la autora concede al estadio del espejo de Lacan “una importancia esencial en la integración de la imagen del cuerpo” (pág. 189). Como conclusión de este rodeo por las teorías psicoanalíticas, se afirma: “a pesar de la diversidad de acento de las distintas concepciones psicoanalíticas, resalta la característica común a todas ellas de que se relaciona el esquema corporal con sectores más vastos de la personalidad. Esto implica dentro de esta línea de pensamiento la internalización de relaciones interpersonales, una fuerte tonalidad afectiva y el consiguiente predominio de fantasías inconscientes” (pág. 192). En el tramo final de esta sección se vuelve a considerar el miembro fantasma, desde un punto de vista psicoanalítico, integrando los datos de su análisis con los resultados del apartado anterior. Además, se describe la significación afectiva del espacio y se elabora la utilización de técnicas proyectivas (Rorschach) como forma de acceso al estudio del cuerpo.

En la última sección del libro se realiza una síntesis global de la significación antropológica del cuerpo vivido, donde la autora evalúa el alcance de la corporalidad como tema de investigación, destacando su mayor pregnancia en las últimas décadas -aspecto que aún goza de contemporaneidad- y subraya que “la tendencia a incluir el cuerpo como significativo en la psicoterapia constituye así algo nuevo y de cariz distinto también de las tradicionales terapias fisiológicas fundamentadas en un nexo supuestamente causal entre cuerpo objetivo y psique” (pág. 285). Se mencionan, entonces, en el tramo final del libro distintas orientaciones psicoterapéuticas (como el psicodrama) que incluyen el cuerpo como instancia privilegiada para la expresión emocional y de conflictos, porque “el sentido antropológico del cuerpo pues en su enraizamiento en la personalidad” (pág. 295). De este modo, al igual que en *El yo y el sí mismo*, cuyo último capítulo está destinado a la exposición de material clínico que operacionaliza los conceptos definidos y elaborados, *Cuerpo y persona* concluye con un pasaje de la teoría a la praxis, de aproximación al contexto vital en que pueden promoverse acciones concretas.

A propósito de este último punto, cabe recordar un fragmento de una entrevista que le fuera hecha para el diario *La Nación* (publicada el 22 de octubre de 2006), donde Aída Aisenson Kogan reflexiona, a propósito de su relación con su marido -el ilustre filósofo Jacobo Kogan-, en los siguientes términos: “Para él, la salida estaba en la estética, la búsqueda y el descubrimiento de la belleza. Yo le respondía que en parte tenía razón, pero que para mí el camino estaba en la perfección moral, en la apertura hacia el otro. Discutíamos, pero en el fondo luchábamos por lo mismo”. Cabe concluir con estas palabras, no sin antes destacar dos cuestiones: por un lado, el interés práctico que siempre ha

subtendido la búsqueda teórica de Aída Aisenson Kogan, aspecto que constantemente hemos enfatizado en esta recensión. Por último, su carácter de denodada luchadora, que junto al otro -así como en sus libros los autores se suceden en franco y amistoso diálogo- busca la perfección de la conducta. De acuerdo con estos términos, podríamos aplicar a su obra una conocida distinción propuesta por G. Marcel, entre “misterio” y “problema”. Mientras este último aparece donde la situación es externa, sin comprometer al investigador, que se presenta como un espectador meramente contemplativo de los hechos, el misterio no puede ser objetivado, y pone en cuestión al sujeto mismo que se formula la pregunta. Aída Aisenson Kogan es una exigente militante del “misterio” como tarea del investigador que, a su vez, es funcionario de la humanidad. Sus libros trasuntan permanentemente el interés apasionado de ir a las cosas mismas, para capturar una verdad propia -sobre la identidad personal, sobre la corporalidad, la conflictividad, etc.- que pueda ser compartida con la comunidad de los demás hombres.